



UN CENTENARIO

¡JOAQUÍN EDWARDS A LA VISTA! BELLO

Alfonso Calderón
Profesor de Castellano

Al cumplirse los setenta años, en 1957, Joaquín Edwards Bello escribió, con nostalgia templada por los acontecimientos de una vida, que había sobrepasado el término medio de la existencia de un ciudadano chileno. "He pasado lejos —explicó— el largo de la vida del hermano conejo, de los hermanos perros, gato, cabra, oveja, caballo, camello y león... En años de vida me la gana el elefante, con ciento; el cocodrilo, trescientos; la tortuga, cuatrocientos, y la ballena, quinientos. En aves, me la ganan el papagayo, el águila, el

cisne y el cuervo. En cambio, tengo la edad de siete tordos y seis perdices".

EL 10 DE MAYO

Nació en Valparaíso, que era entonces un Puerto Mayor con vocación comercial y una belleza agresiva, pintoresca y estentórea, la cual llamaba la atención de los viajeros, muchos de los cuales dejaron testimonio de amor por ese "valle del Paraíso" que los indígenas llamaron "Tierra quemada". Vino al mundo el 10 de mayo, en 1887, "el



año del cólera, de la salida del tranque de Mena, de la voladura del puente de Cal y Canto. Darío acababa de lanzar desde los cerros de Valparaíso un grito azul a toda el habla hispana... y se iba para siempre de la tierra del cóndor y del huemul. Balmaceda presidenciaba en La Moneda".

Su niñez, admirablemente recreada en su novela *Valparaíso, ciudad del viento*, coincidía con la era de la respetabilidad porteña, en la que se fundían el rigor de la educación y del trabajo, la seriedad mercantil, la probidad, el valor de la palabra empeñada, el culto de los modales, la salud y la educación física. "Valparaíso tuvo ínfulas de vida propia y de capital. No admiraba ni imitaba a Santiago, como hacían en Talca. Desde 1906, perdió su carácter, sus fábricas, sus astilleros, sus tiendas de maletas inglesas, sus chalecos de piqué y su *paso gringo*"; pudo decir.

Santiago, la enemistosa Feópolis, como solía llamarla, le parecía ruin y desportillada, levantada en un suelo de vicio feraz y de politiquería, que denunciaba en su novela *El roto*. Sin embargo, en un texto muy bello ha dejado un daguerrotipo de la capital del Reino de Chile, evitando la propensión a considerarla sólo una gran aldea. Era "algo más distinguida que ahora; sus calles, trazadas con regularidad de octavas reales, eran más homogéneas; las familias próceres conservaban orgullosamente sus tradiciones y palacios. Por lo menos, así llamaban a sus casonas de la Alameda, de las calles de Monjitas y Agustinas. Estas casonas, cubiertas con caparzones de tejas morunas, uniformes, ostentaban mecheros de gas alegóricos, en las fachadas, con estrellas o leyendas, como "Dios y Patria". Enormes puertas cocheras revelaban la existencia de ca-

ballerizas y carruajes, testigos de la riqueza agraria".

EL COLEGIO

No alabó el colegio, pensó lo peor del sistema educacional, a medio camino entre los modos ingleses y el espíritu de los victoriosos Carolino y San Francisco Javier, aunque el sello de Barros Arana y la educación concéntrica no parecía una mala solución para un país en formación, al que pondrían un "cúmplase" las reformas del tiempo de Balmaceda y, sobre todo, la transformación profunda de la enseñanza que se produciría por el influjo de los grandes profesores alemanes que organizan el Instituto Pedagógico de la Universidad

● JOAQUÍN EDWARDS BELLO, PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1943, NACIO EL 10 DE MAYO DE 1887.

● NOVELISTA Y CRONISTA, ESCRIBIO IMPORTANTES NOVELAS Y MÁS DE DOCE MIL CRONICAS.

● A CIEN AÑOS DE SU NACIMIENTO, SUS IDEAS Y SUS OBRAS POSEEN LA RARA VIRTUD DE LA PROYECCION CONSTANTE.

de Chile, un vivero de artistas, maestros y hombres de talento capaces de derramar por todo el país una semilla muy viva.

Joaquín Edwards Bello se quejaba del enciclopedismo y de esa forma aleve del rigorismo pedagógico. "No por ser porro en matemáticas —anotó con su letra grande y sólida— dejó de ser feliz Francis Jammes. Al contrario, su obra nos hace entender mejor los encantos de la vida sencilla. *Del amor de las musas y de la caza* es el título de su libro preferido... El terror de ser llamados a la pizarra produce lesiones para toda la vida. Henri Bataille contó el terror del colegio en otro libro de memorias. Kipling contó lo siguiente: se encontraba lejos de su familia, en cierto internado. Cuando llegó su madre de la India, y fue a visitarle en la

cama, su primer movimiento fue el de ponerse en guardia. Temía una bofetada. Otros hombres célebres se escaparon del colegio. Cajal hacía novillos (cimarra). El gran Stanley, más tarde explorador de África, se escapó de un internado para huérfanos".

LITERATURA Y PERIODISMO: SUS HADAS MADRINAS

Desde muy joven, la literatura y el periodismo fueron sus hadas madrinas y se regocijaba leyendo *The Graphic* y las revistas europeas y los diarios chilenos, en los que ya solía cosechar curiosidades. Comenzó a experimentar el placer de los viajes, y desde Quillota a Madrid o a París, aprendió de la vida cotidiana y directa lo que la educación formal le regateara, por propia prevención del escritor. Así fueron naciendo sus novelas y testimonios, desde *El inútil*, *El monstruo*, *Cuentos de todos colores*, a *Tres meses en Río de Janeiro*, *La tragedia del Titanic*, *Cap. Polonio*, lo cual se acrecentará con sus libros mayores, entre ellos *El roto*, *El chileno en Madrid*, *Criollos en París*, *La chica del Crillón* y el inolvidable *Valparaíso, ciudad del viento*, que más tarde rebautizaría como *En el viejo Almendral*.

Hacia 1914, el periodismo lo atrapó y él se condenaría a crónica perpetua, en la que fijó los rasgos del país, la descripción de sus hábitos y valores, el peso de la noche que lo tocaba siempre, el hervor colectivo y las insuficiencias, las mitologías de consuelo que se convertían en estadísticas o en discursos. Las crónicas están marcadas por un tono y un carácter que Gabriela Mistral denomina "reprendedor" y en ellas llama a las cosas por su nombre, evitando el eufemismo o la perífrasis. Le parece a Edwards que Chile es —como expresaría el rumano Cioran, mucho después y aludiendo a la civilización actual— un sistema de equivocaciones. Con soberbia casi infantil, enfurruñado, prepara ya el emético, ya el emoliente, para este enfermo crónico que es el país, agotado por imprevisiones y excesos, inexcusable de tanto lidiar consigo mismo, próximo al agotamiento por su labor de Sísifo, que el sagaz Ortega y Gasset vio como símbolo del carácter y el comportamiento de este esforzado país, en 1928.

Edwards Bello quiso durar como hombre de letras, pero se apresuró a señalar sus limitaciones con el índice en alto. Lamentó siempre no ser un escritor más sólido y resistente, como los dioses de

su Olimpo sobrepoblado: Stendhal, Baroja, Dickens, Eça de Queiroz, Pérez Galdós, Dostoiewski. Como cronista, apuntaba cada mañana los "sucesos diversos" que hallaba en los diarios — esa especie de selva de Livingstone y Stanley que le producían a manos llenas el dolor y el placer. Porque sabía bien que allí se encontraba la explicación del chileno, ese extraño ser que tiene la alegría "del incendio, de la demolición, del velorio". ¡Y cómo sufría al escribir verdades! Al decir, viendo al obrero en acción que el hombre criollo construía bien, pero demolía mejor, ello le servía para explicar la conducta práctica frente a un edificio o una calle como la visión del mundo y el examen de las reputaciones.

No trepida en lanzar juicio tremendos, aunque verdaderos. Recomienda evitar al importuno, hablista que toma por ágora todos los sitios imaginables. "En el café, en el bar o restaurante —dice— el latero suele ser entretenido, ya hable de eutanasia, de comunismo, de planes para salvar al país o cosas por el estilo. En las oficinas o en las calles, a la hora del trabajo, el latero es peligroso". Sin embargo, hay una reserva que parece una virtud nacida en la catástrofe: el chileno está transido de filosofía de temblores. Sus plantas se ponen en terreno incierto. Nada es durable ni definitivo. De pronto brama la tierra y nos nivela de golpe en el hoyo. Lejos de ser fanfarrón, el chileno es "apequenado", descuidado. Se rebaja. Prefiere lo menos erguido y ambicioso. Escoge "por abajo": ¡Pero no le ofendan ni le miren a menos! Entonces, a su vez, ruge y tiembla. En general desprecia a los fanfarrones y presumidos.

Teme al peso del espíritu de imitación y estima que el criollo se las arregla siempre para poner la espada sobre los ojos del toro, en faena dramática y riesgosa, en una noción que va de la hazaña a la burla. Y no le hablen de ubicarse en el disparadero. El caos se le ofrece como el símbolo del continente, y trata de explicarlo a la luz de ciertas ideas muy precisas: "Nuestro país —y la Suramérica en general— no sale todavía del período de desconcierto que siguió a la abolición de los cabildos coloniales, eje del orden antes de la revolución de la Independencia. Cuando todos nos creemos iguales o superiores, y somos incapaces de prosperar de manera independiente, no puede haber Gobierno. Es absurdo pretender salvar mediante leyes inglesas o sistemas sanos de otras naciones a un pueblo echado a perder".

El problema de la pobreza y del dinero es una de sus grandes ideas-fuerzas, y ello se encuentra diseñado en un libro póstumo que ordenáramos alguna vez: *Historia de bancos y bancos con historias*, que viene a complementarse con el inventario que él lleva a cabo en otro texto de crónicas: *Homo chilensis*. Si al chileno, que es encantador, no se le puede confiar capitales; si todo banquero es un hombre "en libertad provisional", ¿qué ocurriría con la estructura económica de la Nación? Salta y ataca: la moneda es la cara de un país. Los ingleses dicen que un hombre de provecho que es fuerte y seguro como la libra esterlina. Interpretando al revés, aquí somos débiles e inseguros como el enclenque peso".

Por otra parte, en medio de un tembladeral el chileno se encuentra en el pleito una voluntad de salir del paso, evitando el encuentro con la verdad más dura o la explicación severa de sus inconsecuencias. Que eso permita hacer de la dilación, de la postergación infinita, una metáfora social, es asunto terrible. "El chileno es —explica—, desde los días del nacimiento del país, litigante. Hoy sigue siendo uno de los entretenimientos mayores y sirve, a la vez, para dar salida al exceso de calorías. El pleito es una alegría para siempre".

Confío siempre en su visión directa de las cosas y en el archivo personal. "Cada mañana —contó— entro en el terreno desigual de los diarios para cosecharlos, esto es, para sacar de ellos y archivar lo más importante. Labor disociadora, de esquizofrenia, por cuanto me hace saltar del tema de la inflación al del matriarcado, de éste al del nombramiento de doctoras honoris causa, y de ahí a la aventura de la doméstica y de las cuenteras del billete premiado en la lotería. Recorto, pego, pongo fecha y meto en el casillero. No dejo de incluir las crónicas de ciertas personas que me aluden para molestarme. Si escriben bien y tienen un valor humano, los encasillo. En el archivo no se conoce la conspiración del silencio".

Solía recorrer la ciudad en busca de temas, sin quitar a la exploración un sentido de paseo de Harun-Al-Raschid, en las jornadas de *Las mil y una noches*. Ya estuviese en la Estación Mapocho o en el Casino de Viña, en la farmacia del centro o en el restaurante "La Bahía", en el Mercado Central o en el Correo, adivinaba el sentido latente del hervidero, lo cual trataba de desocultar para que el lector futuro viese con él. No tuvo instante de reposo (porque consideraba que, en rumano, *reposatu* significa "muerto")

y miraba a los perros disputar las piltrafas de los tarros de basura con los vagabundos, cómo oía al *imbunchismo* criollo llamado a la destrucción, permitiendo que niños y adultos arranquen de cuajo los árboles jóvenes, o los "especialistas" poden a voluntad, convirtiendo el poderoso paisaje en muñón; o si se apura más, los que tajan los asientos de los microbuses o escriben ofensas en sus respaldos "se realicen" todos ellos, siendo Chile en busca de su propio crédito.

El cine, el teatro, la música le permiten viajar sin demora. En ellos halla un apoyo para echar a correr la prodigiosa memoria. De una calle porteña extrae un viejo edificio que ya no existe y habla de las zarzuelas. En tal o cual sitio, surgiendo como la voz de Eurídice, una cupietista entona "La violetera"; o el ánimo de la Chelito, en una de sus andanzas sicilípticas, trata de registrarse todo el cuerpo, en la búsqueda de "La pulga". Chaplin lo conduce a Freud; Venecia al callejón del Guanaco; el rostro de Ingrid Bergman a una muchacha de Milán. Y en todo encuentra un tema, el único, el suyo de siempre.

SUS REMORDIMIENTOS

Temer en exceso a sus propios libros y el poder de las palabras le parece extremadamente peligroso. Expondrá, en medio de remordimientos, que "en la parte andina y volcánica de América la literatura es cruel y sádica. En la parte atlántica, en Argentina, la literatura es de familia. Wast ha dicho que sus libros pueden llegar a las manos de sus hijos, y de todos los niños. Le envidia. A mí no me gusta que me lean. Parece un absurdo, pero es así. La literatura es un vicio basado en la vanidad. El periodismo es una utilidad pública. Un periodista puede ser buena persona. Un literato es casi siempre un bellaco disfrazado".

¿Quiere durar? ¿Aspira a que su yo trascienda e influya en el cuerpo social? ¿Qué sería su visión de relevo en procura de la extensión del yo? El asunto es terriblemente simple y violento: "Ningún deseo tengo de volver a vivir, con el yo, se entiende. Pero si eso ocurriera y condenado a escribir estuviese siempre, me enmendaría en el sentido de no dejar pasar las ocasiones de conocer la entraña del mundo; de vivir intensamente. Un temor absurdo y el deseo de comodidad me impidieron gozar de las mayores oportunidades para hacer obra interesante. A los jóvenes escritores les diría: ¡Ante todo viajar y estremecerse! Sola-

mente así la literatura procurará esa emoción en el lector que actualmente los jóvenes escritores pretenden desatar por medio de extravagancias de forma".

Con las doce mil o más crónicas que escribiera en su larga vida, no se resignaba a componer libros. Las veía como una cantera de materiales, y sólo por una presión mayor que ejercimos en algún instante, pudo aceptar que, poco a poco, se fueran reuniendo volúmenes hermosos, eficaces, entretenidos, duraderos. Así vinieron al mundo libros suyos como *Hotel Oddó*, *Crónicas del Centenario*, *Mitópolis*, *Joaquín Edwards Bello*, *corresponsal de guerra*, *Recuerdos de un cuarto de siglo* y muchos otros. Soñaba con ellas, dormido o despierto, como aquel billarista que hacía carambolas mentales en cualquier lugar en donde se hallase.

EL SUICIDIO

Alguna vez escribió acerca del suicidio, y explicó que la gente buscaba el verano, el sol, la belleza, los días cálidos para irse por voluntad propia de este mundo, dejando atrás las inseguridades y los dolores. Habló largamente de quienes se mataron en enero o en febrero, y confeccionaba listas, explicándolo todo. Por eso, cuando en febrero de 1968 se disparó un tiro, borrando al hombre genial que había sido, que sigue siendo, pareció que todo se completaba. No deja de estremecer un credo que escribiera alguna vez, poniendo el énfasis en la fe poderosa: "Yo creo en la necesidad de creer. Si no creyese, no lo diría. Creo. Rezo. Creo firmemente en mi vida eterna. La oración produce fuerzas enormes. Rejuvenece y hace alcanzar algo muy cercano a la perfecta felicidad. Si no creyera —o si yo dejara de creer, o si creyese sin firmeza— me mataría, como el Kirilov, de Dostoiwski. ¿Para qué sirve vivir sin eternidad?"

A los cien años de su nacimiento, Joaquín Edwards Bello goza de ese privilegio de saber que sus ideas y sus obras poseen la rara virtud de la proyección constante. Nos permiten seguir, paso a paso, el desafío de los tiempos, la noción del cambio, la perpetuación de los rasgos de un Chile esencial, trazado a sangre y fuego en esta orilla del planeta. No quería tomarse en serio, pero produjo un verdadero tratado de la vida criolla, animándose a replantear siempre la noción de un deber, ser que constituye aun obligación impaga para con él.